

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XXV.

MADRID 1.º DE JULIO DE 1893.

NÚM. 290.



LA HIJA DEL PINTOR

Era Nelly la hija única de un conocido pintor inglés. Su madre había muerto poco después del nacimiento de su hijita, y así la pobre niña sólo tenía á su padre, y como éste estaba casi siempre ocupado en su arte, no tenía la niña quien la dirigiese, más que las criadas. Pasaba mucho tiempo en el estudio de su padre, á quien le gustaba verla allí con tal que no le molestase. Vista Nelly, cuando todo le iba bien, se hubiera dicho que era niña muy buena; pero si se le ordenaba hacer lo que no era de su agrado, entonces la carita tan bonita se ponía muy desfigurada del mal humor. Así que para conservarla buena, su padre le consentía casi todo lo que quería. Pero un día ocurrió una cosa tan triste, que la misma Nelly rogó á su padre no le consintiese ya más cosa alguna.

Estaba su padre ocupado en pintar un cuadro, por el cual esperaba sacar un primer premio en la exposición anual de la Academia de Bellas Artes de Londres.

Un día le dijo su padre:

—Dí á tu niñera que te ponga tu mejor vestido, porque van á venir tu tío y otro caballero muy principal. Voy á esperarlos.

—¿Quién es el otro?—preguntó Nelly.—No quiero verle, y sí sólo al tío.

—No puedes ver al uno sin el otro, porque vienen juntos. El caballero es

muy rico, y tal vez comprará mi cuadro. Adiós, querida, sé buena y no entres en el estudio.

Pero Nelly se había puesto de mal humor; así en vez de besar á su padre, dió media vuelta y se encaminó á su cuarto con una cara muy uraña y arrastrando un pie tras el otro, como si estuviera coja.

Después de vestida, se colocó en el balcón del comedor para esperar á los caballeros. Mientras esperaba, vió entrar por la puerta del jardín á Juanito, que era modelo de su padre. Nelly le hizo una señal de que entrase.

—Vamos, Juanito—dijo—papá está fuera y nos vamos á divertir; voy á retratarte en su lugar.

Juanito era muy pequeño también y muy dispuesto á divertirse. Así, los dos penetraron en el estudio.

Sentóse Nelly en la silla de su padre, y, cogiendo una paleta y el primer palo que le vino á la mano, dijo:

—Vamos, Juanito, estate quieto y mira hacia mí, no voy á tocar el cuadro, sino sólo pretender pintar. Y mojando el pincel en pintura amarilla, hizo como quien traza una línea sobre el lienzo, pero en vez de pretensión solamente, trazó una línea verdadera sobre el cuadro. Su sorpresa y susto fueron grandes, porque no había pensado en tocar el lienzo de veras. Pero una vez empezado, pasó á mayores, y trazó una línea tras otra, hasta que el cuadro quedó por completo estropeado.

De repente oyó la voz de su padre en

el recibimiento, y arrojando su paleta, se escondió en un armario.

Entró su padre, diciendo á su amigo:

—Aquí tenemos á mi pequeño modelo; ahora, ¿qué le parece de mi...

Estremeciósese Nelly al oír el grito de dolor que lanzó su padre al ver el estado de su hermoso cuadro. Pero el Buen Espíritu tocó su corazón, y, saliendo de su escondrijo, echó sus brazos alrededor del cuello de su padre, sollozando fuertemente y diciéndole:

—No llores, padre, sólo pensaba pretender pintar, y luego empezado, no pude parar. ¡Oh! perdóname y no volveré nunca á ser mala.

El pintor perdonó á su hijita, y procuró después enseñarle que nunca debemos pretender hacer mal, porque las más veces resulta que lo hacemos de veras.

¡Ah! ¡Cuántas lágrimas, cuántos sollozos nos ahorraríamos, si resueltamente nos negásemos á los primeros movimientos de la tentación!

¿DÓNDE ESTÁ EL CIELO?

Cierto pastor había predicado un domingo sobre el cielo. El lunes por la mañana encontró á uno de los hombres más ricos de su iglesia, que le dijo: «Señor pastor, usted ha hecho un hermoso sermón sobre el cielo; pero no nos ha dicho dónde está el cielo...» ¡Oh!—replicó el pastor—yo se lo voy á decir ahora mismo. Allí, en aquella casa, vive un miembro de nuestra iglesia, una

viuda con dos hijos. En su pequeña habitación hay dos camas; ella está acostada en una, y en la otra los dos niños; pues están todos enfermos. No está encendida la estufa por falta de carbón; nada tienen que comer, y están en el colmo de la miseria. Pues bien, propongo á usted que compre toda clase de provisiones para la casa, y las mande á esta infeliz mujer; después de esto, vaya usted mismo y dígame: Querida hermana, le traigo esto en nombre de Nuestro Señor y Salvador. Tome usted una Biblia, y léale el Salmo 23, y ore con la viuda y los hijos. Si después de esto usted no sabe todavía dónde está el cielo.... seré yo quien pagará la cuenta.»

El pastor nada tuvo que pagar. El rico siguió su consejo, y declaró más tarde que, verdaderamente había pasado un cuarto de hora en el cielo.

Si no era el cielo mismo, á buen seguro que era un goce celestial.

LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACIÓN.)

Yo le había nombrado intendente de mi casa del Lago, cuando murió víctima del cólera.... En verdad, dió su vida por mí; estaba yo enfermo, medio muriéndome, y cuando los demás servidores, sobrecogidos por terrible pánico, huyeron, Escipión me cuidó sin temor al peligro y me devolvió la vida. ¡Pobre muchacho! Cayó enfermo á su vez y nada pudo arrancarle de la muerte....



jamás me ha sido tan sensible pérdida alguna.

Eva, durante este relato, se había aproximado poco á poco á su padre, le escuchaba con avidez, con los labios entreabiertos, sus grandes y brillantes ojos fijos sobre él demostrando el más grande interés.

Cuando hubo acabado, arrojó de repente sus brazos sobre su cuello, y rompió en lágrimas exhalando suspiros convulsivos.

—¡Eva! ¡querida hija! ¿qué te pasa?
—dijo Saint Clare, mientras el cuerpo frágil y delicado de su hija temblaba y se agitaba enmedio de la violencia de sus emociones;—esta niña, añadió, no debía oír estas cosas, es muy nerviosa.

—No, papá, yo no soy nerviosa,—dijo Eva recobrando su dominio sobre sí misma, con una fuerza extraordinaria en una niña.—No soy nerviosa, sino que estas cosas me llegan *al corazón*.

—¿Qué quieres decir, Eva?

—No puedo explicártelo, papá; pienso cosas que tal vez te diga algún día.

—Bueno, querida mía, te doy permiso para que pienses lo que quieras; pero no llores, porque me haces sufrir,—dijo Saint Clare.....—Mira el hermoso melocotón que te he guardado.

Eva cogió la fruta sonriendo, pero aún podía notarse un ligero estremecimiento á los dos extremos de sus labios.

—Ven, iremos á ver los peces dorados—dijo Saint Clare, cogiéndola de la mano—y salieron al *verandah*.

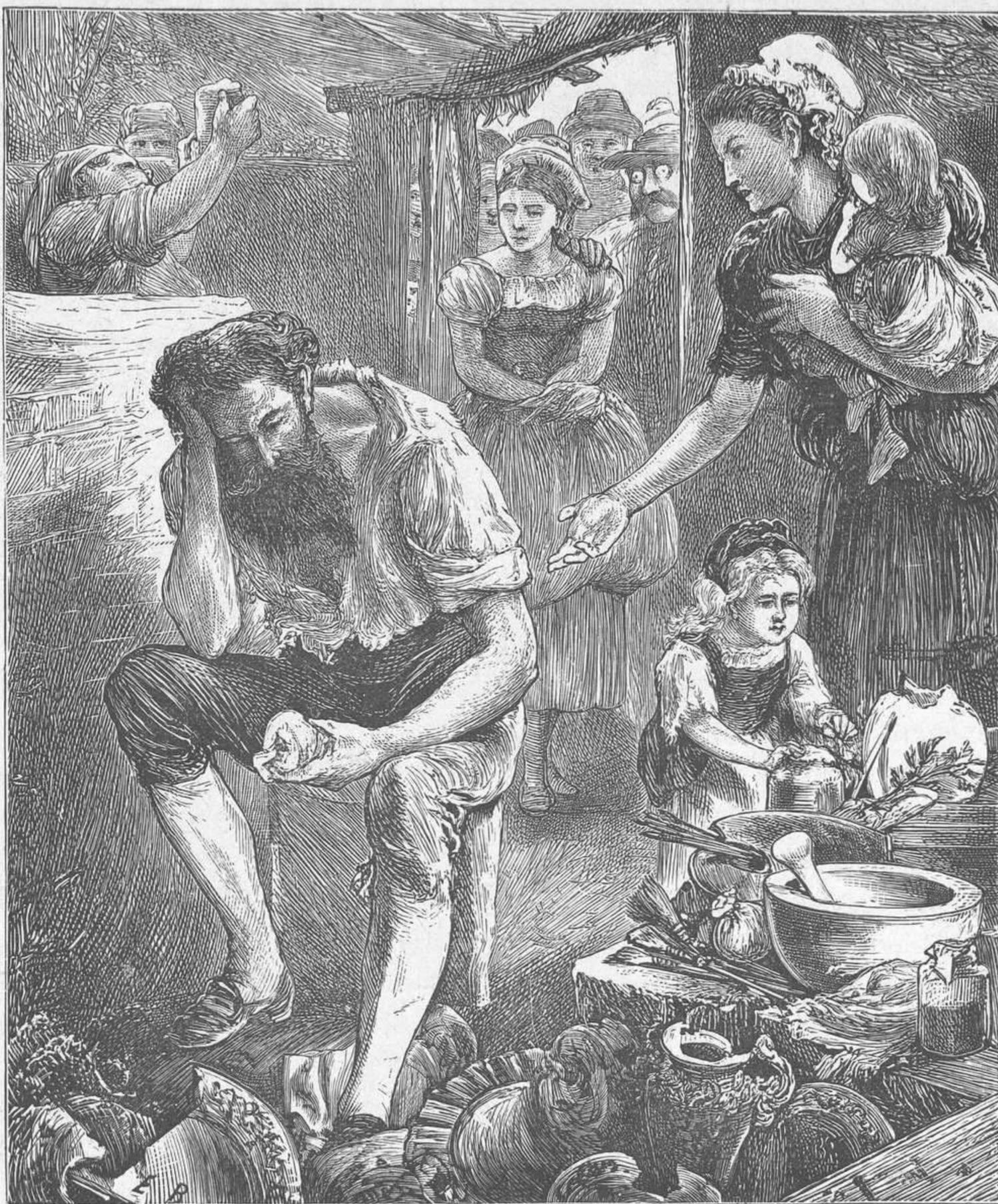
Un momento después ruidosas carca-

jadas resonaban á través de los cortinones de seda; Eva y su padre se lanzaban rosas uno á otro, persiguiéndose mutuamente por los paseos del jardín.

Tal vez temas, querido lector, que nuestro humilde amigo Tomás haya sido olvidado enmedio de las aventuras de estos distinguidos personajes; pues sígueme á una pequeña habitación, situada encima de la cuadra, y puedes mezclarte de lleno en sus negocios. Era una habitación arregladita, que contenía una cama, una silla y una mesita de madera tosca, sobre la que Tomás tenía la costumbre de poner su Biblia y su libro de cánticos. Allí le volvemos á encontrar, sentado ante la mesa, su pizarra colocada ante él y ocupado en hacer algo que parecía le costaba mucho trabajo.

El hecho es que las aspiraciones de Tomás hacia su antigua vivienda, habían venido á ser tan ardientes, que había concebido el propósito decidido de escribir una carta y había rogado á Eva que le diese una hoja de papel. Componía, ahora, sobre la pizarra su primer borrador, reuniendo en su inteligencia todo el poco talento que había adquirido en escritura, bajo las lecciones del amito Jorge. Había olvidado enteramente la forma de algunas de las letras del alfabeto, y no sabía como emplear aquellas que aun recordaba. Mientras estaba manos á la obra, sudando y resoplando en su ardor, Eva, ligera como un pájaro, trepó sobre los palos de la silla y miró por encima de su espalda.

(Se continuará.)



LOZA DE PALISSY,
Ó LA PERSEVERANCIA

Bernardo Palissy nació hacia el año 1510, y era hijo de un pobre vidriero de Chapelle-Biron (Francia). En su juventud no recibió la menor educación, y jamás, como él mismo dice, leyó en

otro libro que en el del cielo y la tierra, libro que á todos nos es dado conocer y leer. A la edad de veintiocho años, siendo muy pobre, y establecido de pintor en vidrio y agrimensor en una miserable choza de Saintes, y siendo además casado y padre de muchos hijos, que casi no podía mantener, pensó

imitar á Luca della Robia, pintor de loza; pero imposibilitado por falta de recursos para hacer un viaje á Italia y aprender por sí los procedimientos de aquel autor, resignóse á buscarlos por sí solo, á tientas, en el reducido círculo en que se movía.

Debía, pues, en primer término, averiguar las materias que entraban en la composición del esmalte; hizo largos experimentos para asegurarse de lo que realmente eran, reunió las substancias que él juzgó debían entrar en aquella composición; compró jarros comunes; los hizo pedazos, enyesando los fragmentos después con diferentes materias derretidas que él mismo había preparado, y los sometió al calor de un horno que había construído al efecto. No salió bien de su primer ensayo; el resultado que obtuvo no fue otro que una gran cantidad de jarros rotos, una pérdida considerable de leña, de substancias químicas, de tiempo y de trabajo.

A pesar de las quejas de su señora, de los ruegos de sus hijos y de las bur-las de sus vecinos, él continuó sus pruebas. Su esposa no veía, ciertamente, con gusto disiparse en humo los recursos, ya escasos, de su pobre casa; pero tuvo que someterse, porque Palissy tenía un firme propósito que por nada en el mundo hubiese abandonado. Meses y años siguió, pues, sus pruebas. Descontento del primer horno, construyó otro fuera de su casa. Allí quemó nueva madera; consumió otras drogas y otros jarros, perdiendo tanto tiempo y dinero, que concluyó por encontrarse él y su fami-

lia sumidos en la miseria. Persistió, sin embargo, en su intento.

No pudiendo cocer más en su casa, llevó sus jarros á una fábrica, distante legua y media de Saintes; pero topó con nuevos desengaños. Desalentado, mas no vencido, resolvió construir cerca de su casa un horno de vidrio, y con sus propias manos púsose enseguida á empezar la obra. El mismo iba á buscar los ladrillos á los tejares, los cargaba sobre sus hombros y los colocaba, siendo así á la vez esmaltador, albañil, peón, etc.

Al cabo de otro año, tuvo concluído su horno nuevo, y sus jarros preparados para un procedimiento distinto. A pesar del agotamiento casi completo de sus recursos, amontonó una considerable porción de leña. El fuego fue, pues, de nuevo encendido, y empezó otra vez la operación. Palissy no apartaba un instante la vista de su horno. Un día entero lo pasó así, y luego la noche; Palissy velaba siempre, alimentando continuamente el fuego, y, sin embargo, el esmalte no se derritió. El sol vino por segunda vez á alumbrar sus trabajos; su mujer le llevó su parte del escaso almuerzo de familia; mas por nada hubiese dejado el horno, en el cual seguía echando con desesperación su leña. Pasó el segundo día sin que el esmalte se hubiese derretido. Se puso el sol; pero Palissy no se acostó. Pálido, huraño, desesperado, mas no rindiéndose, permanecía cerca de su horno, mirando con ansiedad si al fin su esmalte se derretía.

(Se concluirá).

LA ORACIÓN Y EL MILAGRO

PARÁBOLA

Un buque de vapor atraviesa el Océano. Sobre la cubierta un niño está jugando á la pelota, y la pelota salta por encima de la barandilla y va al mar. El niño corre en seguida al capitán y le pide que pare el buque para poder recuperar su juguete. Claro está que el capitán responde: «No es posible.» El niño se aleja, no de muy buen humor.

Al día siguiente su hermanita deja caer su muñeca en medio de las máquinas. Ella también se acerca al capitán y le ruega que pare el buque para devolverle su muñeca. El capitán le contesta, como á su hermanito: es imposible. Sin embargo, añade: «Aguarda, tal vez pueda devolverte tu muñeca». Baja, en efecto, y sin tocar á la máquina halla la muñeca y la devuelve á la niña.

Al otro día, un hombre cae á la mar. Al momento echan el vapor hacia atrás, el buque se para y el hombre es traído sano al buque..... Y el niño se pone muy irritado porque el capitán paró el buque con objeto de salvar á aquel hombre, al paso que no quiso hacerlo para devolverle su pelota.

Pero, acabado el viaje, el capitán toma consigo al niño, se dirige hacia la ciudad; entra en una tienda y le compra una pelota mucho más hermosa que la que perdió.

* * *

Ahí van tres oraciones oídas, aunque

de una manera muy distinta, y sin que se suspenda el ejercicio de ninguna ley natural. El niño recibe más de lo que había perdido, pero ha debido esperar. La niña recibe lo que pide, sin tener que esperar y sin que se toque á la máquina. La vida de aquel hombre es salvada sin que sea violada ninguna ley, porque la máquina está construída de tal manera que se la pueda parar en caso de necesidad.

Así es cómo nuestro gran Capitán nos concede todo cuanto le pedimos, aunque nosotros no podamos comprender la manera *como* nos oye. La máquina del universo tiene sus leyes, pero está dispuesta de tal suerte, que cuando es necesario, Dios puede *echar el vapor hacia atrás* y hacer andar la máquina en sentido inverso.

UN HECHO DE SELECCIÓN

NATURAL

Se dice que las flores son fertilizadas, es decir, hechas capaces de reproducir su especie por medio de los insectos. La abeja, yendo de flor en flor, lleva en sus patitas de la antena de la una el polvo dorado llamado polen, y lo deposita sobre el estigma de la otra. En las flores, como en todas las otras formas de la vida, el crecimiento de las especies es favorable á un desenvolvimiento mayor, más vigoroso ó robusto y más bello. Experiencias recientes han demostrado que, cuando ese crecimiento se

hace por medio de los insectos, las plantas llegan á una perfección que no alcanzan cuando se fertilizan ó fecundan por sí mismas. Se ha experimentado que algunas plantas que no alcanzan más que cinco pies de altura fecundándose por sí mismas, llegan á la altura de siete pies cuando esa fecundación es hecha por medio de los insectos. Se ha observado también que las flores nocturnas, que generalmente son pálidas é incoloras, exhalan, no obstante, muchas veces un fuerte perfume, debido á la misma causa. Son fertilizadas, sobre todo, por ciertas mariposas de noche, cuyo olfato es tan delicado como el de las abejas, y que, como ellas, van en busca de la miel, y despliegan su actividad cuando las abejas duermen.

Un ilustre naturalista inglés, John Lubbock, ha observado que en relación con lo que acabamos de decir, hay una diferencia muy marcada entre las plantas bellas y las feas. Las abejas buscan siempre los buenos perfumes y los más hermosos colores, y hacen su provisión invariablemente sobre las plantas agradables al hombre. Si nos ponemos en observación atenta, veremos que en un jardín eligen siempre las rosas, los lirios, el espliego, el romero y otras flores atractivas por su color ó su olor. La conducta de las moscas ofrece un gran contraste con el de las abejas, pues buscan generalmente y prefieren las flores de un amarillo lívido ó de un rojo empañado, cuyo olor es desagradable. La abeja es un insecto sensitivo y de un gusto muy

delicado. La mosca, por el contrario, es de la naturaleza del buitre, y busca su alimento vegetal en las plantas cuyo olor se parece al de la putrefacción. Colocad á alguna distancia en un prado macetas de rosas y setas soterraneas é infectas, y observaréis inmediatamente la diferencia. Al cabo de algunos instantes veréis á las setas llenas de moscas, mientras las abejas sólo se acercan á las rosas.

Es al gusto de las abejas por las flores hermosas y de grato olor al que debemos nuestras más bellas flores, porque llevando el polen de una sobre el estigma de la otra, las ponen en aptitud de producir plantas muy ricas y muy variadas. Y por eso se observa que ciertas flores van prosperando mucho en belleza y olor. Por el contrario; ¡cosa extraña! por el mismo procedimiento se observa también que, en sentido inverso, las plantas preferidas por las moscas van degenerando cada vez en sus propiedades malsanas y repulsivas.

Así acontece también en la humanidad. Los justos aplicándose á lo que es bueno y dulce, hacen prosperar el mundo del bien y de la virtud; pero los pecadores, aplicándose á lo malo y vil, hacen que el mundo del mal sea cada vez más malo y más repulsivo. Cada siglo se va acercando más á Dios la humanidad en su parte sana y buena, y en su parte mala se va alejando cada vez más de Dios.



1. Quien por ven-tu-ra se - a Del Cris-to par-ti - da - rio, No te-ma á su con-

tra - rio, Je - sús le ven - ce - rá. Mi vo-lun-tad se rin - de á

El y so-lo an - he - lo Que ven-za la del cie - lo Pri-me - ra vo-lun - tad.

2.

El bien es mal, si falta
La bendición divina,
Y es toda paz mezquina
Gozada aquí sin El.

Mas yo veré mis glorias
Surgir del mismo lodo,
Si mi querer en todo
Se ciñe á su querer.

3.

En los amantes brazos
Del Dios que me perdona,
Mi alma se abandona
Con fe, esperanza, amor.

Por ello el nombre augusto
De Dios bendito sea
Por cuanto el mar rodea,
Por cuanto alumbra el sol.

GLORIA Á TÍ

Incienso, luz, armonía
 Llevar quiero á tus altares,
 ¡Oh, Dios! que enfrenas los mares
 Y enciendes de un beso el día;
 Por eso mi alma te envía
 El altar del firmamento,
 Como armonía el acento
 Al orarte con fervor,
 Como perfume el amor,
 Como luz el pensamiento.

Cuando ante tí, reverente,
 A orar me postro de hinojos,
 Asoma el llanto á mis ojos
 Y el infinito á mi mente:
 Y siento sobre mi frente,
 Nublada por el desvelo,
 Bajar en callado vuelo
 El hilo de luz fecundo
 Por donde vienen al mundo
 Las bendiciones del cielo.

Tú formastes, al crear
 Del universo el palacio,
 Con un suspiro el espacio,
 Con una lágrima el mar;
 Y queriéndonos probar
 Que el que te adora te alcanza,
 Como señal de bonanza
 Dibujastes en el cielo
 La aurora, que es el consuelo,
 Y el iris, que es la esperanza.

Tu purísimo esplendor
 El universo colora,
 Como el beso de la aurora
 Los pétalos de la flor;
 Y si tu soplo creador
 En el caos se derrama,
 Y el mismo caos se inflama,
 Entre nubes y arreboles
 Brotan estrellas y soles
 Como chispas de la llama.

Mas con ser la suma esencia,
 Es tu arrogancia humildad,
 Tu riqueza caridad
 Y tu justicia clemencia;
 Pues quiso tu omnipotencia
 Las flores por incensario,
 El monte por santuario,
 Por águilas golondrinas,
 Por toda corona espinas,
 Por todo trono el Calvario.

Tú que en el leño enclavado,
 Aunque inmóviles y yertos,
 Tienes los brazos abiertos
 Para todo desgraciado;
 ¡Vuélveme al tiempo pasado
 Cuando en calma la conciencia,
 Como del jazmín la esencia,
 De mi corazón de niño
 Volaba á tí mi cariño,
 Perfume de la inocencia!

VELARDE.



EL PATRIOTA GARIBALDI

Uno de los incidentes más placenteros que se cuentan del famoso patriota Garibaldi, es el que su biógrafo relata sobre el empeño del héroe, en buscar un corderito que se había apartado de la madre. Según cuenta, tanto le afectaban los balidos de la pobre madre, que sin decir nada á sus amigos se retiró de ellos y fué á buscar al perdido. Después de algunas horas, cuando ya había dado la media noche, volvió á casa llevando en sus brazos el corderito.

Giuseppe (José) Garibaldi, era hijo de un antiguo capitán de barco de Niza, y nació allí en el año 1807. La primera parte de su vida la pasó entre los pescadores del distrito. Cuando llegó á los diez y siete años, entró como cadete en la Marina de Cerdeña, y permaneció en este oficio hasta los veintisiete. Ha-

biéndose comprometido en la primera intentona de Mazzini para libertar á Italia, tuvo que refugiarse en Marsella. Poco después entró al servicio del bey de Túnez, pero la vida inactiva allí no agradaba á su espíritu inquieto, y pronto trasladó sus servicios á la República de Uruguay en la América del Sur.

Después de la revolución de 1848, se vió obligado á emigrar á los Estados Unidos. En ellos fue víctima de ultrajes y abandono, y cuando su pobreza le impuso la necesidad de trabajar en una fábrica de velas, es indecible los insultos que

tuvo que sufrir, y hasta fue robado. Habiendo, á pesar de todo, conseguido reunir un pequeño capital, compró una modesta hacienda en la isla de Caprera, en el Mediterráneo.

Tan pronto como hubo la probabilidad de dar un golpe en pro de la independencia de su patria, Garibaldi ofre-



ció sus servicios al rey Víctor Manuel. Con un cuerpo de voluntarios tomó á Palermo en Mayo de 1860, pasó á Italia y se apoderó de Nápoles, que el rey Francisco había abandonado. En su marcha á Gaeta encontró á Victor Manuel, y le saludó como rey de Italia.

No las tenía todas consigo en la compañía de los oficiales del rey, y tan pobre como cuando emprendió su gloriosa campaña volvió á su hacienda en Caprera. Pasó en ella los diez últimos años de su vida, y después de muchas debilidades y sufrimientos, murió el 2 de Junio de 1884.

LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS. (CONTINUACIÓN.)

—¡Oh, tío Tomás! ¿qué tonterías hacéis ahí?—exclamó.

—Ensayo escribir á mi pobre mujer y á mis hijitos, miss Eva—dijo Tomás enjugándose sus ojos con el revés de la mano;—pero temo mucho conseguirlo.

—Con gusto quisiera ayudarle, Tomás; he aprendido un poco á escribir; el año pasado sabía hacer todas las letras, pero temo haberlas olvidado.

Eva aproximó su hermosa cabellera dorada á la tosca cara negra de Tomás, y entonces se promovió entre ellos una grave discusión, estando ambos ignorantes y deseosos de hacerlo bien. Por fin, después de haberse consultado largo tiempo sobre la formación de cada palabra, convinieron en que la composición empezaba á parecerse á la escritura.

—Sí, tío Tomás, eso va muy bien—dijo Eva mirando la carta con regocijo. —¡Qué alegres van á estar su mujer y sus hijos! ¡Oh, qué mal han hecho en separarle de ellos! Yo pediré á papá que le deje á usted volver á su lado.

—La señora ha dicho que enviaría ella dinero para rescatarme, en cuanto pudiese,—respondió Tomás—y estoy seguro de que lo hará. El amito Jorge me ha prometido venir él mismo á buscarme un día, me ha dado este hermoso duro, como prenda de su palabra.

Y Tomás sacó el precioso duro de debajo de su ropa.

—¡Oh! entonces vendrá seguramente,—dijo Eva—me alegro mucho de ello.

—Pero es necesario que yo les escriba donde estoy, comprende usted, y que diga á mi pobre Cloé, que no me falta nada. ¡Pobre alma mía! ¡Estaba tan triste y tan inquieta!

—¡Tomás!—dijo la voz de Saint Clare que apareció entonces á la puerta.

Eva y Tomás se estremecieron.

—¿Qué hacéis ahí?—preguntó Saint Clare aproximándose y mirando la pizarra.

—¡Oh! Es Tomás que escribe una carta, y yo le ayudo—dijo Eva;—¿no está bien hecho?

—No quiero desanimaros á ninguno de los dos,—respondió Saint Clare;—pero valdría mejor, Tomás, que la escribiese yo mismo. Yo lo haré á la vuelta de paseo.

(Se continuará.)



LOS VALIENTES DE DAVID

Representa nuestra lámina el acto de David en la cueva de Adullán, rehusando beber y derramando delante del Señor el agua que tres de sus valientes habían traído con peligro de sus vi-

das, de los pozos junto á la puerta de Belén.

No muy prudente nos parece el deseo de David, conociendo que sus deseos eran órdenes para aquellos valientes. Ni prudente nos parece tampoco la conducta de aquellos tres, que así expusieron

sus vidas por satisfacer un capricho de su rey.

El que manda, debe siempre pensar y meditar mucho lo que desea ó manda, y los que han de obedecer deben cuidar de no desobedecer á mandamientos más altos, por cumplir mandamientos inferiores.

Mas si falta de prudencia y previsión se reconoce en la manifestación del deseo en David, acto fue digno de loa, cuando tuvo en sus manos el agua que atravesando el campo enemigo le trajeron sus servidores, el rehusar beberla, y ofrecerla al Señor, diciendo: «Guárdeme mi Dios de hacer esto: ¿habría yo de beber la sangre de estos varones con sus vidas, pues con peligro de sus vidas la han traído? (1.º Crónicas 11. 18 y 19.)

SIN RIQUEZAS

PODEMOS SER FELICES

Un día al volver á su casa, dijo un negociante á su familia reunida:

—He perdido mi fortuna; no podemos por más tiempo conservar nuestro coche, vivir en esta gran casa, ni mandar á los hijos á escuelas tan caras. Ayer yo era rico; hoy ya no tengo nada.

—Amigo mío—le dijo su mujer—todavía somos ricos: tenemos á Dios por padre, tenemos á Cristo por Salvador y tenemos también á nuestros hijos. Es verdad que el dinero ha desaparecido; pero Dios nos ha dejado nuestros

mejores tesoros al dejarnos su paz, con manos diligentes y corazones amantes.

—Querido padre—añadieron los hijos—no te apesadumbres tanto; queremos ayudarte á ganar la vida.

—Pobrecitos míos, ¿qué podéis hacer?—contestó el padre con tono abatido.

—¡Ya lo verás, ya lo verás! Bien triste cosa sería si tantos estudios los hubiésemos hecho en balde. ¡Cómo un padre de ocho hijos pudiera ser pobre! Trabajaremos y llegarás otra vez á ser rico.

—También quiero yo ayudarte—dijo la más joven de las niñas—yo no quiero pedirte vestidos nuevos y venderé la muñeca grande.

El corazón del padre, por oprimido que estuviese, se dilató otra vez. Los nobles sentimientos de sus hijos le sirvieron de aliento, y su oración nocturna terminó con un cántico de alabanza.

Dejaron, pues, la casa grande, despidieron á sus criados, vendieron los cuadros, la vajilla de plata, las alfombras y los muebles, y la que durante tanto tiempo había sido la señora de la casa no derramó una sola lágrima.

—Paga todas tus deudas—dijo á su esposo—que nadie sufra por culpa nuestra. Aún podemos ser felices.

El negociante tomó en arriendo una casa de campo rodeada de terreno de cultivo. Ayudado por sus hijos, obtuvo toda clase de productos, que llevaba al mercado de la ciudad. Vió con gozo cuán industriosa se mostraba su mujer

en los cuidados de la granja, cuánta habilidad desplegaron sus hijas en las labores que les incumbían. Sabían utilizar los conocimientos adquiridos confeccionando vestidos y objetos de tocador, que vendían á los comerciantes, cultivando flores que eran llevadas al mercado, tejiendo paja y ocupándose en varios trabajos manuales. La granja ofrecía la imagen de una verdadera colmena.

—¡Nunca he disfrutado tanto contento como ahora!— decía el padre.

—Y yo nunca he estado tan feliz— añadía la madre.

LOZA DE PALISSY,

Ó LA PERSEVERANCIA.

(Conclusión.)

Un tercer día, una tercera noche pasaron; una cuarta, una quinta, una sexta, en fin..... Durante seis largos días y seis largas noches, el invencible Palissy, á pesar de la ruína de todas sus esperanzas, veló y trabajó..... Pero el esmalte no se derritió.

Entonces pidió prestado, compró otros jarros y otra madera, y se preparó para un nuevo experimento. Después que los jarros fueron cuidadosamente enyesados y colocados en el horno, encendió otra vez el fuego. Esta tentativa era la última, siendo el esfuerzo de su desesperación. Palissy, pues, hizo un fuego flamígero; pero no obstante de haber un calor intenso, el esmalte no se derritió. Ya empezaba á faltarle la leña. ¿Cómo mantener hasta el fin aquel fuego *infer-*

nal? Palissy mira á su alrededor, y sus miradas se fijan sobre las empalizadas del jardín, compuestas de madera seca, que ardería admirablemente. ¡Cuán pequeño viene á ser ese gran sacrificio comparado con el gran resultado del experimento, que dependía quizás del consumo de algunos leños! Las empalizadas fueron arrancadas y echadas al horno. ¡Vano sacrificio! El esmalte aún no se derritió. Diez minutos y un poco más de calor era quizás lo que faltaba. ¡Más leña, más leña todavía, leña á todo trance! Más vale quemar sus muebles, que ver frustrada esta última tentativa. Un ruido terrible se deja oír en la casa, y Palissy, en medio de los gritos de su mujer y de sus hijos, quienes temían seriamente que esta vez él se hubiese vuelto enteramente loco, llega cargado de mesas y sillas rotas, que con decisión tira al horno. No obstante, el esmalte no se derrite aún. No le quedan más que las tablas del suelo..... Un ruido de golpes de martillo sobre madera se deja oír por segunda vez en la casa, y pronto los tablones están arrancados, teniendo en el fuego la misma suerte que tuvieron los muebles. Mujer é hijos esta vez se precipitan fuera de la casa, gritando que el desgraciado Palissy se ha vuelto loco, y que quema su casa para cocer sus jarros.

En aquel momento el experimentador, agotados sus escasos recursos, se hallaba rendido de fatiga, de ansiedad, de privaciones y de insomnio. Deudor y puesto en ridículo parecía caer abati-

do al último grado de la desesperación; pero ¡oh alegría! ¡el secreto no lo es ya! La última bocanada de calor hace derretir el esmalte. Sus groseros jarros de piedra arenisca estaban transformados en hermosa loza blanca, que el pobre trabajador encontró bellísima. Ya Palissy podía soportar con paciencia las quejas, los ultrajes, los desprecios. El hombre de talento, gracias á la tenacidad de su inspiración, obtuvo la victoria; había arrancado á la naturaleza uno de sus secretos, y podía esperar despacio que días mejores le diesen ocasión de aprovechar su descubrimiento.

Al cabo de *dieciséis* años de trabajo continuo, de *dieciseis* años de aprender y probar, obtuvo al fin el fruto de sus esfuerzos. Pero como en materia de religión profesaba opiniones demasiado independientes, fue denunciado, y los emisarios de la Inquisición abandonaron su taller á una multitud ignorante y fanática, que rompió y saqueó sus preciosas obras, mientras que Palissy era conducido á Burdeos, donde sumido en la cárcel, esperaba la hoguera ó el cadalso, Conservó su vida por el Condestable de

Montmorency, que se opuso á su muerte, no por consideración á sus opiniones, sino por su loza.

Fué á París á causa de los trabajos que le habían sido encomendados por el Condestable y la Reina madre, y mientras duraron éstos, vivió en las Tullerías. Pero la guerra incesante que hacía á los adeptos de la astrología, de la alquimia y de la brujería, hizo que de nuevo fuese denunciado como hereje. Preso nuevamente, estuvo encerrado durante cinco años en la Bastilla, y allí murió en 1589 á la edad de ochenta años. Así acabó su existencia, y así quedó recompensado el inventor de la loza esmaltada.

* * *

Desear y nada alcanza el alma del perezoso: pero el alma de los diligentes será engordada.

* * *

La esperanza que se prolonga es tormento del corazón: mas árbol de vida es el deseo cumplido.

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2'50

Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1898.—Imp. de Idamor Moreno Cruzado, Suc. de J. Cruzado, Blasco de Garay, 9.